

revolucionaria; se envaneció de sus maldades; creyó que su accion, justificándose por la intencion y por el tiempo, perderia algo de la atrocidad de su carácter; que su nombre se engrandeceria al ponerlo en parangon con los demas; y finalmente, que seria por solo este hecho el coloso de la revolucion. Pero se engañaba. Cuanto mas se alejan los crímenes políticos de las pasiones que los hacen cometer, tanto mas se rebajan y pierden á los ojos de la posteridad. La historia es la conciencia del género humano, y en el grito de esta conciencia se ve la condenacion de Danton. Se ha dicho que él salvó á la patria y á la revolucion con sus asesinatos, y que nuestras victorias son su excusa. Los que lo dicen, se engañan, como él se engañó. Un pueblo, á quien hubiera habido necesidad de embriagarle de sangre para impulsarlo á defender su patria, seria un pueblo de malvados, y no un pueblo de héroes. El heroismo es lo contrario del asesinato. En cuanto á la revolucion, su prestigio estaba en su justicia y en su moralidad. Esta mortandad iba á mancharla á los ojos de Europa. La Europa exhalaria un grito de horror, pero el horror no es el respeto. No se sirve bien á las causas cuando se las deshonra.

LIBRO VEINTE Y CINCO.

Incomunicacion de Paris con el exterior.— Visitas domiciliarias.— Los sospechosos en las cárceles.— Danton se prepara para el acontecimiento.— Robespierre deja marchar á la revolucion.— Saint-Just y Robespierre.— El 2 de setiembre.— Degüello en las cárceles.— Los suizos.— El baron de Reding.— Los guardias del rey.— Mr. de Montmorin.— Mr. de Sombreuil y su hija.— Cazote y su hija.— Thierri.— Los señores de Maille y de Rohan-Chabot.— El jóven Montsbray.— El arzobispo de Arlés.— La princesa de Lamballe.— El negro Delorme.

I.

Apenas salió Danton de la comision secreta del ayuntamiento, cuando la ciudad, advertida por la llamada de las cajas, se detuvo de pronto como una ciudad muerta en la cual una catástrofe repentina hubiese dispersado á todos sus habitantes. Aunque el sol puro del estío iluminaba las copas de los árboles de las Tullerías, del Luxemburgo, de los Campos Eliseos y de los baluartes, los paseos, las plazas y las calles estaban enteramente desiertas. El sordo rodar de los carruages, señal de la vida de las ciudades y especie de murmullo de las corrientes de hombres, había cesado. No se oía mas que el golpeo

de las puertas y ventanas, que los habitantes cerraban precipitadamente como si se aproximase un enemigo público. Algunas bandas de hombres armados de picas, patrullas de federados y destacamentos de marseleses y de los de Brest cruzaban á paso lento los diferentes cuarteles. Santerre, á la cabeza de un estado mayor compuesto de cuarenta y ocho ayudantes de campo dados por las secciones, visitaba á caballo los puestos. Las barreras estaban cerradas y guardadas por los marseleses: fuera de aquellas las secciones formaban un segundo cordón de centinelas.

Toda comunicacion estaba interceptada entre el campo y París; la ciudad entera estaba en un calabozo sin comunicacion y como un preso á quien se le sujetan los brazos, mientras se le registra para atarlo. El agua estaba tan cautiva como la tierra. Algunas flotillas de botes llenos de hombres armados recorrían sin cesar por medio del Sena, interceptando toda comunicacion entre las dos orillas. Los pretilos de los diques, los arcos de los puentes, los techos de las bareas dispuestas para baños, ó para el uso de las lavanderas estaban erizados de centinelas. De cuando en cuando un tiro disparado desde estos puntos elevados alcanzaba á los fugitivos, que buscaban un asilo hasta en las bocas de los sumideros. Muchos trabajadores de los diques fueron muertos al salir de sus barcos ó queriendo entrar en ellos. En cuanto sonó la hora del crimen, todo paso dado por la ciudad era reputado como un delito. Las escuadras de picas detenían á todos los que la casualidad, la imprudencia ó una necesidad imprescindible sacaban de sus casas. Mientras que las calles se evacuaban, en el interior de las casas reinaban la zozobra y el terror: nadie sabia si era inocente ó criminal á los ojos de los visitantes, ni si iba á ser arrancado de su hogar y de los brazos de su muger y sus hijos.

El no denunciar un arma era motivo de acusacion; el

hacerlo era infundir sospechas. Un signo cualquiera de realismo, un uniforme de la guardia del rey, un sello, un boton con armas reales, un retrato, una carta de un amigo ó de un pariente emigrado, dar hospitalidad á un extraño cuya permanencia en la casa no se esplicase, todo esto podia ser un título de muerte. La denuncia de un enemigo, de un vecino ó de un eriado, hacia temblar. Cada uno discurría para sí, para sus huéspedes, y para los objetos que queria ocultar de las pesquisas de los visitantes, un asilo con el cual no les fuese fácil dar por mas que buscasen.

Los vecinos de París se bajaban á los subterráneos, subían á los tejados y por los cañones de las chimeneas, agujereaban las paredes y hacían en ellas nichos que despues cubrian con armarios ó cuadros, ó levantaban los pavimentos para esconderse entre las vigas y los tablones como los reptiles mas inmundos, á quienes se envidiaba en aquellos apuros.

Á los golpes de los comisionados en las puertas de las casas la respiracion se cortaba. Estos comisionados subían á las casas escoltados por hombres de su seccion, con los sables desnudos, siendo la mayor parte de ellos trabajadores conocedores de todos los escondrijos que se pudieran hacer, en las paredes, en los muebles, en las maderas, en las camas, en los colchones, y aun en la piedra. Los cerrajeros, provistos de las herramientas necesarias, abrían las cerraduras, rompían las puertas, agujereaban los techos y descubrian cualquier estratagema de la ternura, de la hospitalidad ó del miedo.

Cinco mil sospechosos fueron arrancados de sus casas ó de sus asilos en el corto espacio de una noche. Se les descubrió hasta en las camas de los enfermos de los hospitales, en donde habian ido á buscar un asilo entre los moribundos ó entre los muertos. La rabia de los sicarios de Danton fué mas ingeniosa que el miedo. Entre los presos lo fueron los tres hermanos Sanson, los verdugos

de París, reputados culpables por haber ejercido su infame oficio en la época en que había un trono.

Pocos realistas escaparon. París quedó desocupado de todos los que no habían podido escapar después del 10 de agosto.

II.

A la mañana siguiente, el depósito del corregimiento, las secciones, las antiguas cárceles de París y los conventos convertidos en prisiones, rebosaban en presos. Se les interrogaba sumariamente y se soltó á mas de la mitad, víctimas únicamente del error, de la precipitación, y de la oscuridad de la noche. Estos fueron reclamados por sus secciones. El resto fué distribuido á la casualidad en las cárceles de la *Abadía*, de *San German*, en la *Consergería*, el *Chatelet*, la *Fuerza*, el *Luxemburgo*, y en los antiguos conventos de *Bernardinos*, *San Fermín* y *Carmelitas*. Las dos grandes sentinas de París, *Bicetre* y la *Salitrería*, recibieron dentro de sus muros un número considerable de aquellos desgraciados.

Las tres noches siguientes á esta, se emplearon por los comisionados en hacer la elección de los presos. La suerte que se les preparaba, era conocida hacia mucho tiempo, y su muerte estaba decidida. La seccion Poissoniere los condenó en masa al degüello. La de las *Termas* pidió que se ejecutase sin otro juicio que el peligro que su existencia hacia correr á la patria. ¡Es necesario purgar las cárceles y no dejar traidores detras de nosotros cuando vayamos á las fronteras! Este era el grito que Marat y Danton hacian dar á las masas. El pueblo necesita que se le redacte su ira y que se le familiarice con su propio crimen.

III.

Tal era la actitud de Danton el dia anterior á estos crímenes. En cuanto al papel que afectó Robespierre en esta jornada, fué el que tuvo en todas las crisis: así en la cuestion de la guerra como el 20 de junio y el 10 de agosto. No obró, pero vituperó, dejando el acontecimiento á sí mismo, y una vez efectuado lo aceptó como un paso de la revolucion sobre el cual no debía ya hablarse mas. No quiso dejar que otros le precediesen en popularidad; se dijo inocente de esta sangre, y sin embargo, la dejó verter. Pero su crédito, inferior al de Danton y al de Marat en el consejo del ayuntamiento, no le daba entonces fuerza suficiente para impedir nada. Estaba, como Petion, á la sombra. Estos hombres, así como los girondinos, veían traspasar los proyectos de Marat y Danton, pero conociéndose impotentes para evitarlos, aparentaban que no tenían conocimiento de ellos. Un hecho recientemente revelado á la historia por un confidente de Robespierre y de Saint Just, que ha sobrevivido á aquellos tiempos siniestros, prueba la exactitud de estas conjeturas respecto á la parte que tuvo Robespierre en la ejecución de las jornadas de setiembre.

IV.

En aquel tiempo, Robespierre y el jóven Saint Just, el uno ya célebre, y el otro aun desconocido, vivian con la intimidad familiar que une con frecuencia al maestro y al discípulo. Saint Just, mezclado en todos los acontecimientos de la época, seguía y veía con anticipacion las crisis revolucionarias con la fria impassibilidad de una

V. lógica que vuelve al corazón seco como un sistema, y cruel como una abstracción. La política era á sus ojos un combate á muerte en que los vencidos eran las víctimas. El 2 de setiembre á las once de la noche, Robespierre y Saint Just salieron juntos de los Jacobinos cansados de cuerpo y de espíritu: despues de haber empleado todo un día en el tumulto de las deliberaciones, día que llevaba en su seno aquella terrible noche que iba á dar á luz muy pronto.

Saint Just, vivía en una reducida habitacion de una casa de huéspedes de la calle de Santa Ana, no lejos de la casa del carpintero Duplay, habitada por Robespierre. Hablando de los acontecimientos del día y de los que se aguardaban al siguiente, los dos amigos, llegaron á la puerta de la casa de Saint Just. Absorto Robespierre en sus pensamientos, subió para continuar la conversacion hasta el cuarto del joven. Saint Just arrojó su ropa sobre una silla, y se disponia para dormir. «¿Qué haces? le dijo Robespierre.—Acostarme, respondió Saint Just.—¿Qué, ¿piensas dormir en semejante noche? respondió Robespierre, ¿no oyes tocar á rebato? ¿No sabes que esta noche será quizá la última para miles de nuestros semejantes que son hombres aun en el momento en que te duermes, y que serán ya cadáveres cuando te despiertes?—¡Ay! respondió Saint Just, ya sé que se degollará tal vez esta noche, lo deploro, y quisiera tener poder para moderar las convulsiones de una sociedad que lucha entre la libertad y la muerte, pero, ¿qué soy yo? y sobre todo, los que se inmolarán esta noche, ¿no son nuestros enemigos políticos? ¡Adios!» Diciendo esto se quedó dormido en seguida.

Al día siguiente, al amanecer, cuando Saint Just se despertó, vió á Robespierre que se paseaba azorado por el cuarto, y que de cuando en cuando se asomaba á los vidrios de la ventana, mirando la claridad del cielo y escuchando el ruido de las calles. Saint Just, aturdido de ver á su amigo tan temprano en el mismo sitio: «¿Qué te

ha traído tan temprano hoy? le dijo.—¿Qué me trae? respondió aquel, ¿piensas que he vuelto?—Pues qué, ¿no te has ido á dormir? repuso Saint Just.—¿Dormir! replicó Robespierre, ¿dormir mientras que centenares de asesinos degüellan á millares de víctimas, y que la sangre pura ó impura corre como el agua en los sumideros! ¡Oh, no, prosiguió con una voz sombría y con una sonrisa sardónica en los labios, no, yo no me he acostado, he velado como los remordimientos ó como el crimen. Si, Saint Just, he tenido la debilidad de no dormir. ¡Sin embargo, Danton habrá dormido!»

V.

Las noticias desastrosas de las fronteras, los alistamientos patrióticos en los tablados levantados al intento en las principales encrucijadas de París; los pasos de los voluntarios á son de caja y al compás de la *marsellesa* y del *za irá*; la bandera negra signo de una guerra funebre desplegada en la casa de la ciudad y en la torre de la catedral; los periódicos de Marat y de Hebert escritos con sangre; los carteles fijados con exclamaciones anónimas que hacían hablar á las paredes, agrupando al pueblo para oírlos leer en reuniones tumultuosas; la campaña tocando en las torres y agitando la pulsación de una ciudad inmensa; en fin, el cañonazo de alarma disparado de hora en hora, todo esto estaba calculado para escitar la fiebre en la ciudad. Este plan de degüello estaba combinado como un plan de campaña. Hasta las eventualidades estaban previstas y concertadas de antemano.

El domingo 2 de setiembre, á las tres de la tarde, hora en que todo el pueblo concluye de comer y llena las calles para dar un paseo en aquel día de descanso, se dió la señal de degüello, como por uno de esos accidentes producidos por la casualidad.

Cinco coches con seis sacerdotes cada uno, se dirigian desde el depósito de la casa de la ciudad á la cárcel de la Abadía, por el Puente Nuevo y por la calle de Bussy, sitios tumultuosos y temibles. Al tercer cañonazo de alarma, estos carruages se pusieron en marcha. Una débil escolta de aviñoneses y de marseleses armados de sables y de picas los acompañaban. Las portezuelas de estos coches, estaban abiertas para que la multitud percibiese en el interior los trages que le eran mas odiosos. Una porcion de muchachos, de mugeres y de hombres del populacho, seguian é insultaban á aquellos sacerdotes. Los hombres de la escolta, se asociaban á las injurias, á las amenazas y á los ultrages de aquella chusma. «¡Mirad! decian á la multitud señalando con las puntas de los sables á los prisioneros, ¡ved aqui á los cómplices de los prusianos! ¡mirad á los que os degollarían si los dejaseis vivir suficiente tiempo para engañaros!»

El molin iba engrosando á cada paso, y al atravesar la calle Dauphine, fué rechazado por otros grupos que obstruian la enrucijada de Bussy, en donde los dependientes del ayuntamiento sentaban los nombres de los voluntarios á cielo descubierto. Entonces, los coches se detienen; un hombre atraviesa por medio de la escolta, que le deja pasar sin oposicion, sube al estribo del primer coche, y clava por dos veces la hoja de su sable en el cuerpo de uno de los sacerdotes, la retira humeando, y la muestra enrojecida de sangre al pueblo. Este, lanza

un grito de horror, y se aleja de aquel sitio. «¡Esto os da miedo, cobardes! dijo el asesino con desdeñosa sonrisa. Es manester familiarizaros con la muerte.» Al decir estas palabras, empieza de nuevo á embasar el sable en los cuerpos de los sacerdotes que iban dentro del coche. Uno de estos sacerdotes, quedó atravesado de parte á parte, otro con la cara desfigurada á cuchilladas, y el tercero perdió la mano por haberse cubierto el rostro con ella. El abate Sicard, el caritativo institutor de los sordo-mudos, halló una muralla de salvacion en los cuerpos de sus compañeros heridos, y los coches volvieron á seguir lentamente su marcha. El asesino pasa desde aquel coche á otro, y agarrándose con una mano del pestillo de la portezuela, hiere con la otra á ciegas á todos los que su arma puede alcanzar. Los asesinos de Aviñon mezclados con la escolta, rivalizaban con aquel furioso, é hincaban sus bayonetas dentro de los coches, en donde ponian las puntas de las picas vueltas hácia las portezuelas, impedian la salida de los coches á los sacerdotes que quieren arrojarse de ellos. La larga fila de estos coches rodando lentamente y dejando una huella de sangre, los gritos, los esfuerzos desesperados de los sacerdotes, los aullidos de rabia de los verdugos, las risotadas y los aplausos del populacho, anunciaron de lejos á los presos de la Abadía la aproximacion del convoy. La impaciencia de los sicarios no esperó que las victimas llegasen al lugar del suplicio. La mayor parte perecieron en el camino.

La comitiva se detuvo en la plaza á la puerta de la Abadía. Los soldados de la escolta, sacaron por los pies ocho cadáveres de los coches. Los sacerdotes que escaparon con vida de los sables, y que solo estaban heridos, se precipitaron en la cárcel, pero cuatro de ellos fueron enganchados desde el rastrillo del cuerpo de guardia, y degollados allí mismo. Algunos que no pudieron entrar tan pronto por la puerta, se metieron por una ventana que daba á la pieza en que la comision de la seccion celebra-

ha sus sesiones: los individuos que la componian, que eran estraños al degüello, ocultaron estas víctimas al furor de los asesinos, haciéndolos sentar entre ellos: el periodista Paviseau y el intendente de la casa del rey, Lachapelle, debieron la vida á la presencia de espíritu y á las atrevidas mentiras de los miembros de esta comision.

VII.

Entretanto los presos, hacinados en la Abadía, oian desde sus calabozos este preludio de asesinatos á las puertas del edificio. Desde por la mañana el aspecto sombrío y las palabras misteriosas de sus carceleros les habian presagiado una noche siniestra. Por orden del ayuntamiento se habia adelantado en este dia la hora de la comida. Los detenidos se preguntaron unos á otros cuál podia ser la causa de este cambio en el régimen interior. ¿Seria acaso para una traslacion ó para marchar á un destierro al otro lado de los mares? Unos esperaban, otros estaban temblando, pero todos se hallaban en la mayor agitacion. Desde las rejas de las ventanas de una torreilla que da á la calle de Santa Margarita, algunos de ellos descubrieron los carnages y oyeron los alaridos de las víctimas. En seguida corrió la voz de que habian sido inmolados todos los eclesiásticos. El murmullo de una multitud inmensa que habia invadido el patio y que se apiñaba en las calles inmediatas llegó tambien á sus oidos por las ventanas y por las aspilleras. El ruido de los coches, el paso de los caballos, el choque de los sables, el vocerío confuso que se suspendia por un momento y volvía á resonar despues por intervalos en un prolongado grito de ¡Viva la nacion! todas estas cosas les dejaron por un instante inciertos sobre si el tumulto tenia por objeto inmolarlos ó defenderlos. A los pocos mi-

nutos se les dió orden de entrar cada uno en su aposento, como para pasarles lista.

VIII.

Hé aqui el espectáculo que se les queria ocultar. El último calabozo, que daba al patio, habia sido trasformado en tribunal: alrededor de una mesa cubierta de papeles, de tinteros, de libros de registro de la cárcel, de vasos, de botellas, de pistolas, de sables y de pipas, estaban sentados en unos bancos doce jueces de aspecto sucio y de formas atléticas, con todas las trazas de unos hombres salidos de presidio ó acostumbrados á la desolacion y al derramamiento de sangre: su trage era el de las clases trabajadoras del pueblo, gorro de lana en la cabeza, chaqueta, zapatos claveteados y delantales de tela como los de los carniceros. Algunos de ellos se habian quitado las chaquetas, y con las mangas de la camisa arremangadas dejaban ver unos brazos fornidos y en ellos dibujados con sangre y un alfiler los simbolos de distintos oficios. Dos ó tres de ellos, de formas mas delicadas, de manos mas blancas y de rostros mas espresivos, manifestaban ser otra clase de hombres, mezclados á propósito entre estos para dirigirlos. Un hombre vestido de pardo, con un sable al lado, con la pluma en la mano, y de una fisonomia inflexible y como petrificada, estaba sentado en el centro de la mesa presidiendo este tribunal. Este era el ugier Maillard, idolo de las reuniones del arrabal de San Marcelo, uno de esos seres, en fin, que produce la hez del pueblo, y á quienes esta sigue siempre porque no puede adelantarseles. Era rival de Jourdan, amigo de Lambertina, y como ella, uno de los héroes de las jornadas de octubre, de 20 de junio y de 10 de agosto; Maillard se habia constituido en verdu-

go del pueblo; gustaba de ver correr la sangre, llevaba las cabezas, enarbolaba en la punta de una pica los corazones y despedazaba los cadáveres. Las mugeres lúbricas y los muchachos crueles, que espiaban la muerte despues del combate, glorificaban á Maillard porque saciaba sus ojos famélicos de carnicería y de horrores. Había concluido por formarse una popularidad por el espanto que causaba su nombre, y sin embargo, se contenía en esta ocasion en sus venganzas y ponía cierto límite á la carnicería. No quitaba la vida por su mano, dejaba este encargo á sus subalternos, y parecía que discutía con su conciencia antes de entregarles las víctimas.

Tal era Maillard. Cuando llegó allí venía de los Carmelitas, en donde había organizado el degüello, y no era la casualidad la que lo había llevado á la Abadía á la hora precisa de la llegada del último convoy, con el registro de las cárceles en la mano. Había recibido el día anterior las confidencias de Marat por medio de unos miembros de la Comisión de vigilancia. Danton había hecho llevar los registros á esta comision y se habían depurado las listas, indicando á Maillard los que se debían condenar y los que se debían absolver. El juicio de los demas se había remitido al tribunal que se formase en los sitios en que se hallasen: este tribunal tenia la voluntad del pueblo por ley; se leía el registre, los carceleros iban á buscar al preso, Maillard lo interrogaba, consultaba con la vista el parecer de sus colegas, y si el preso era absuelto, Maillard decia: *Que se suelte á....* y pronunciaba el nombre del indultado; si era condenado una voz decia: *A la Fuerza*. La puerta esterior se abria á esta palabra, el preso era arrastrado fuera y caía al salir bajo los golpes de los asesinos.

IX.

La matanza empezó por los suizos. En la Abadía había ciento cincuenta, entre oficiales y soldados. Maillard los hizo traer del calabozo y los juzgó en masa. «Vosotros habeis asesinado al pueblo el 10 de agosto, les dijo, el pueblo pide venganza. Vais á ser trasladados á la fuerza.—¡Perdon, perdon! esclamaron los soldados poniéndose de rodillas.—No se trata de morir, les respondió Maillard, se os va á trasladar á otra cárcel, y puede ser que allí os perdonen;» pero los suizos habían oido las voces de los que pedían sus cabezas. «¿Por qué se nos engaña? dijeron, sabemos muy bien que no saldremos de aquí sino para ir á la muerte!» A estas palabras un marcellés y un criado de un carnicero entreabran la puerta, é indicando la salida con la mano á los suizos: «¡Vamos, vamos, les dicen, decidirse, marchemos! ¡El pueblo se impacienta!» Los suizos se hacen atrás, como un rebaño al aspecto del matadero, y se apiñan en el interior del calabozo, lamentándose amargamente y agarrándose unos á otros. «¡Es necesario que esto se acabe! dijo uno de los jueces. Veamos quién saldrá el primero.—Bien, yo seré, esclamó un jóven sargento de elevada estatura, de frente serena y de actitud marcial. Voy á dar el ejemplo. ¡Enseñadme la puerta por donde debo salir!»

La puerta se abre, el suizo echa su sombrero hácia atrás, se despide de sus compañeros y atraviesa el dintel. Su belleza y su resolución causan estupor en los asesinos. Se apartan y le dejan avanzar hasta el medio del patio; pero volviendo bien pronto de su sorpresa, forman un círculo de sables, de picas y de bayonetas dirigidas contra él; el sargento da dos pasos atrás, dirige la vista tranquilamente sobre sus asesinos, cruza los brazos, permanece un momento inmóvil como esperando el golpe,

y viendo que todo estaba pronto, se lanza, bajando la cabeza, sobre las bayonetas y cae atravesado por mil heridas. A su muerte sigue inmediatamente la de sus ciento cincuenta compañeros. Todos caen unos despues de otros como los toros en el matadero. Los carros no bastan para trasportar los cuerpos con prontitud, y los apilan de dos en dos á los lados del patio para dejar lugar á los que deben morir despues. El baron de Reding murió el último. Este jóven oficial se señalaba por la elevacion de su estatura y por la espresion varonil de las facciones que distingue á los hijos de las montañas, en donde la naturaleza lo cria todo grande y hermoso.

Reding habia sido herido en las Tullerías en un brazo y en una pierna, ambas cosas fracturadas por las balas. Se le habia trasportado del campo de batalla á la Abadía, y allí le habian arrojado en una mala cama en un rincón de la capilla; al menor movimiento que hiciese sus miembros fracturados se dislocaban y le hacian prorrumpir en gritos dolorosos. Una muger á quien amaba, habia obtenido á precio de oro de los comisionados de las cárceles el permiso de cuidarle: disfrazada como enfermero de los hospitales, pasaba los días enteros cerca de la cama de Reding. Aunque conocida por muchos, todos afectaban enganarse con su disfraz, respetando el misterio que ocultaba tanto amor en tanta adhesión. Ya no quedaba ningún suizo que inmolarse. Un profundo silencio habia sucedido por un momento en el patio á los sablazos y al ruido de la caída de los cuerpos sobre las piedras. Los asesinos estaban bebiendo, y Reding se creyó olvidado. Sus compañeros de calabozo le felicitaban en voz baja, pero contadas las víctimas que habia en el patio, no correspondía su número con el de los presos; un suizo faltaba; entonces se acuerdan del herido. Tres degolladores con los sables desenvainados y precedidos de un carcelero, entran en la capilla y llaman á Reding. La amante jóven que lo cuidaba se desmaya al oír este

nombre. Reding suplica á sus verdugos que lo maten en la cama para evitarle el suplicio de ser trasportado despues de los tormentos que ya ha sufrido; pero este consuelo se le niega en medio de chanzonetas atroces. Uno de aquellos tigres lo tomó en sus brazos y se lo echó áuestas, llevándolo con las piernas hácia adelante y la cabeza vuelta hácia abajo: el herido da involuntarios ruidos, y bien fuese por ferocidad ó por compasión, uno de los asesinos corta la cabeza á Reding cual si se la serrase. Sus gritos se ahogan con su sangre, llega ya muerto al pie de la escalera, y entonces se arroja su cadáver á los degolladores.

X.

Estos descansaban un momento. La noche se acerca y algunas hachas alumbran el patio. Hollando la sangre con los pies estos mercenarios del crimen, comían y bebían como el trabajador despues de acabar su tarea; pero la obra no estaba mas que interrumpida. La municipalidad advertida oficialmente de la carnicería, habia enviado á Manuel, á Billaud Varennes y á otros comisionados á las cárceles para rechazar al menos la responsabilidad del crimen y para justificar que habia hecho algunos esfuerzos para impedir los asesinatos. Las arengas de aquellos comisionados á la multitud, irrisorias ante la actitud de los asesinos y ante las armas temidas de sangre, parecían mas bien alabanzas que reconvenciones. En ellas se veía la connivencia ó el miedo, y el pueblo las interpretaba como mejor le convenia. Algunas de ellas eran unas verdaderas felicitaciones y una provocación á nuevos asesinatos. «Valientes ciudadanos, dijo Billaud Varennes en el patio de la Abadía, acabais de degollar á unos grandes criminales: la municipalidad no sabe

como corresponderos; sin duda los despojos de estos malvados pertenecen á los que nos han librado de ellos. Sin creer recompensaros, estoy encargado de ofrecer á cada uno de vosotros veinte y nueve libras, que os van á ser pagadas en el acto.»

Mientras que Billaud Varennes hablaba de este modo, la carnicería que se habia suspendido por un momento, comenzó á su vista. El anciano comandante de la gendarmería Rulhieres, herido ya de cinco ó seis lanzadas, despojado y dejado por muerto, corria desnudo y ensangrentado alrededor del patio, buscando á tientas con las manos las paredes, cayendo y levantándose de nuevo en la lucha de la agonía. ¡Esta huida sin esperanza duró diez minutos!

Después de los suizos se juzgó en masa á todos los guardias del rey presos en la Abadía. Su crimen era su fidelidad el día 10 de agosto. Allí no habia fórmula de proceso; eran unos vencidos, y así se limitaron á preguntarles sus nombres. Entregados uno tras otro, su asesinato fué prolongado: el pueblo, en quien el vino, el aguardiente mezclado con pólvora, la vista y el olor de la sangre parecia avivar la rabia, hacia durar el suplicio como si temiera abreviar el espectáculo. La noche entera apenas bastó para inmolarlos y despojarlos.

El abate Sicard y los dos sacerdotes refugiados como él en un cuartito inmediato adonde estaba reunida la comision, vieron, oyeron y devoraron todos los instantes de esta noche fatal. Una puerta vieja llena de aberturas los separaba de aquella escena de mortandad. Oian el ruido de los pasos, los sablazos, la caída de los cuerpos, los aullidos de los verdugos, los aplausos del populacho, las voces de los mismos de quienes acababan de separarse, los bailes atroces de las mugeres y muchachos que á la luz de hachones cantaban la Garmañola alrededor de los cadáveres. A cada momento algunas diputaciones de los degolladores iban á pedir vino á la comision que se

lo hacia distribuir, y varias mugeres llevaban la comida á sus maridos al amanecer, para sostenerlos, decian, en su penoso trabajo. ¡Obreros de la muerte embrutecidos por la miseria, la ignorancia y el hambre, para quienes el matar era ganar su vida!

Los carros destinados por el ayuntamiento desocuparon, durante esta comida, los patios de los montones de cadáveres que los obstruian: el agua no bastaba para lavar el piso, y los pies se resbalaban en la sangre. Los asesinos antes de volver á su obra estendieron una capa de paja en una parte del patio, cubriéndola con la ropa de las victimas, decidiendo entre si no volver á matar sino sobre este coleccion de paja y lana, para que la sangre se empapase en la ropa y no se esparciera por el pavimento. Tambien dispusieron bancos alrededor de este teatro, para que cuando fuese de dia las mugeres y los hombres curiosos de ver la agonía, pudiesen asistir sentados y en órden á este espectáculo, situando en torno del patio centinelas para que cuidasen del buen órden. Al amanecer, aquellos bancos encontraron en efecto mugeres y hombres del cuartel de la Abadía que los ocupasen, y los asesinos quien los aplaudiese. Durante este tiempo Maillard y los jueces comian en el calabozo. Después de haber fumado en sus pipas se durmieron sin remordimientos en los bancos, y tomaron ánimo para el trabajo del siguiente dia.

XI.

Solo los presos no durmieron. Encerrados todos en sus calabozos ó en las salas, en pie ó sentados en sus camas, escuchaban. Cualquier ruido tenia una significacion de vida ó de muerte en sus oidos. La ventana enrejada de la torreilla de la Abadía, desde donde se divisaba

por un lado la calle de Santa Margarita y por la otra parte del patio, era un observatorio al cual se subian los mas animosos unos despues de otros, para informar á sus compañeros de lo que pasaba por fuera. Al notar el silencio de las últimas horas de la noche, creyeron que el pueblo habia cesado en sus asesinatos. Algunos se desmayaron de debilidad, y otros pasaron aquellos instantes en orar, en escribir sus defensas, ó á sus esposas, ó finalmente en arreglar sus testamentos.

Al romper el dia, dos sacerdotes, el abate Laufaut, predicador del rey, y el abate Rastignac escritor religioso, encerrados juntos en la Abadía, reunieron á los presos en la capilla: allí desde el púlpito los prepararon á la muerte. Estos dos sacerdotes tenian cerca de ochenta años de edad; sus cabellos blancos, sus facciones descoloridas por el tiempo, maceradas por el desvelo, y divinizadas por la proximidad del martirio, daban á sus acciones y á sus palabras la solemnidad evangélica de la eternidad: ellos se aparecieron á los jóvenes presos como los ángeles de la agonía. Todos se arrodillaron, y este rayo de religion sobre un campo de sangre, les hizo sentir la presencia de la Divinidad hasta en el suplicio: unos fueron fortalecidos, otros quedaron consolados y todos se sintieron enternecidos. Apenas los dos sacerdotes habian estendido las manos para bendecir á sus compañeros, cuando vinieron á llamarlos para dar á la vez el ejemplo y la leccion del martirio. Con las manos juntas, los ojos elevados hacia el cielo y el espíritu recogido, fueron deshechos á sablazos y cayeron sin haber cesado de orar.

Pero la resignacion de estos dos ancianos, no habia quitado el horror de la expectativa á los presos. La naturaleza no luchaba menos contra la muerte. Discutian entre sí los presos sobre la postura que habian de tomar al recibir los golpes, para hacer el trance mas pronto y menos sensible: unos, querian tender la cabeza á los sa-

bles para que se la cortasen de un solo golpe: otros se proponian descubrir el pecho y poner las manos á la espalda para que el yerro llegase recto al corazon sin desviarse, otros querian luchar hasta el fin contra los verdugos, abrazarse á sus picas, separar los sables, tirar al suelo á los degolladores y cambiar el suplicio combatiendo hasta morir, para hacerlo al menos en medio de la alegría de la venganza. No contentos con esta teoria del suplicio, los detenidos iban como los gladiadores á estudiar en el suplicio de los demas, la actitud de los que morian antes que ellos, y con lo cual puede decirse que morian varias veces. Repararon mirando por un tragaluz elevado, que los que estendian las manos hacia adelante por la accion natural del hombre amenazado en la cara, morian dos veces en vez de una, porque eran despedazados antes de ser muertos: los que al contrario cruzaban los brazos y se dirigian al hierro caian bajo golpes mas certeros y no se volvian á levantar mas: todos resolvieron morir de esta suerte.

XII.

Algunos prefirieron escogerse la muerte y encontraron mas dulce adelantarse á ella que esperarla: estos se deshicieron la cabeza contra las cerraduras de las puertas, contra las esquinas de piedra labrada, ó se clavaron en el corazon los cuchillos despuntados, que habian sustraído el dia anterior á la vigilancia de los carceleros. Monsieur de Chantereine, coronel de la guardia constitucional del rey, se hirió tres veces con un puñal y cayó exclamando: «¡Dios mio, recibidme!»

Mr. de Montmorin, antiguo ministro de Luis XVI, habia sido interrogado en la Asamblea algunos dias antes. Brissot, Guadet, Vergniaud y Gensonné que eran sus

enemigos, habían abusado de la victoria del 10 de agosto contra este hombre de Estado, retirado de los negocios y á quien la animosidad de estos hombres debia haber olvidado. Prolongaron, sin embargo, sus enemigos el interrogatorio y le tendieron infinidad de lazos para hacerse valer como un mérito su condenacion. Mr. de Montmorin fué pues conducido á la Abadía; su hijo, casi niño, lo consolaba. Encerrado en la misma sala con Affry, Thierry y Sombreuil, gobernador de los Inválidos, con la hija de Sombreuil con Beaumarchais que se veía aun bajo los cerrojos, Montmorin soportaba su cautiverio con calma, endulzándose la amena conversacion de sus amigos. La libertad de Affry y de Beaumarchais, á quienes Manuel habia ido á buscar el dia anterior con madama de Saint Brice y de Tourzel, le daba esperanza de salir de allí próximamente. La campana del 2 de setiembre, el tumulto de los patios, los gritos de las víctimas, y el hijo arrancado por la mañana de sus brazos, le trasportaron de golpe desde la confianza al abatimiento. Su desesperacion se convirtió muy en breve en furor, llamaba á sus enemigos para confundirlos; con los cabellos en desorden, los ojos inflamados y las manos levantadas hácia el cielo, recorría la habitacion vomitando imprecaciones contra aquellos malvados. Sus nervios crispados por la ira le daban una fuerza sobrenatural, suficiente á conmovier las barras de yerro de su prision y deshizo con las manos una mesa de encina cuyas tablas tenian dos pulgadas de grueso. Fué menester engañarlo para hacerlo atravesar el dintel de la puerta del calabozo; con la altivez en la frente y una sonrisa irónica en los labios se presentó ante el tribunal: «Presidente, dijo á Maillard, ya que os place llamaros asi, espero que me hagais traer mi coche, para conducirme á la Fuerza, á fin de evitarme los insultos de vuestros asesinos.» Maillard hizo un signo de asentimiento, Montmorin se sentó un momento en el calabozo y vió juzgar algunos presos.—« El coche

que os ha de conducir á vuestro destino ha llegado; le dijo al fin el presidente, Montmorin se apresuró por salir de aquella horrible mansion pero quedó clavado en la pared por treinta picas, recibiendo la muerte en el mismo instante en que creia iba á verse en completa libertad.

Mr. de Montmorin habia tenido en su poder un recibo de cien mil libras pagadas á Danton de orden del rey para indemnizarle de su empleo de abogado en el Chatelet. Este dinero era en realidad el precio de la corrupcion solicitada por la corte por tercera mano y secretamente y consentida por el joven demagogo. Mr. de Montmorin algun tiempo antes del 20 de junio, estaba inquieto al pensar que era depositario de un secreto que debia parecer á Danton semejante á la espada de Damocles suspensa sin cesar sobre su popularidad. El antiguo ministro fué á ver á Mr. de La Fayette, su amigo, le confió el secreto y le pidió consejo. No teneis sino dos partidos que tomar, le respondió La Fayette, ó advertir á Danton que publicareis su venalidad sino cumple las condiciones en favor del rey, ó entregarle el recibo y comprometerle el reconocimiento y la generosidad, desbaciéndos de las pruebas que teniais contra él.» Mr. de Montmorin no siguió ninguno de estos dos consejos, contentándose con escribir á Danton que habia quemado su recibo pero sin enviarle su firma. Danton pudo creer que este testimonio existia aun, y que en todo caso Mr. de Montmorin seria siempre un testigo peligroso que podia venderle cuando quisiese. Por mas que se imploró inútilmente que fuese devuelto á la libertad obtenida por tantos otros, ello es que pereció. No se sabe si esta muerte fué causada por un olvido ó por la prudencia de los que tenían su nombre entre la memoria y su firma entre los papeles de aquel exministro.

Después de Mr. de Montmorin, compareció Sombreuil, gobernador de los Inválidos. Su hija, que fué pre-

sa con él, tenía permiso para salir, pero no quiso separarse de una prision en donde la encadenaba el amor que profesaba á su padre, y habitaba una sala destinada á las mugeres, con madama de Tourzel, de Saint Brice y la hija de Cazotte. Desde el principio de los asesinatos estaba en el calabozo del tribunal aguardando la comparrecencia de sus padres, protegida por la compasion de los guardas y de los carceleros. Apareció Sombreuil y fué condenado; entonces se abre la puerta, las bayonetas brillan, su hija se lanza en medio de la pieza, se arroja al cuello del anciano, le cubre con su cuerpo y suplica á los asesinos que perdonen á su padre ó que la matasen con el mismo golpe que le hiera á él. Su accion, su sexo, su juventud, sus cabellos sueltos, su belleza aumentada por la emocion de su alma, la sublimidad de su abnegacion y el ardor de sus súplicas, enternecen á los sicarios. Un grito de perdon se levantó de la multitud, las picas se bajan y conceden á la hija la vida de su padre á un horroroso precio. Exigen que en señal de abjuracion de la aristocracia, moje sus labios en un vaso lleno de sangre de aristócratas. La señorita de Sombreuil toma el vaso con mano intrépida, le lleva á su boca y bebe por la libertad de su padre. Esta accion la salva. Todo el mundo se asocia á su alegría, y las lágrimas de los asesinos se confunden con las suyas. ¡Hay ciertas sorpresas de la naturaleza aun en el mas profundo crimen! ¡Hay multitud de abismos en el corazon humano! Los monstruos con los brazos teñidos en sangre, llevan en triunfo á Sombreuil y á su hija hasta su casa, y les juran defenderlos contra sus enemigos.

La hija de Cazotte disputó tambien y salvó la vida de su padre. Cazotte era un anciano de setenta y cinco años. La elevacion de su estatura, la blancura de sus largos cabellos y el fuego de su mirada, bajo unas cejas tambien blancas, le daban el aspecto de un profeta. Tenia la elocuencia y los arrebatos de aquellos, imaginacion alegre

en sus escritos, alma estática en su piedad, y hombre de bien en toda su vida, veia en la revolucion la prueba del fuego, por la cual Dios hacia pasar á los hijos del siglo, para reconocer á los suyos y glorificarlos en el martirio: habia ofrecido su sangre y estaba impaciente porque llegase la hora del sacrificio. Su hija le habia seguido voluntariamente al calabozo. Previendo la mortandad de los presos, habia buscado y encontrado protectores entre los marseleses que los custodiaban. Su tierna juventud, su piedad filial y la amable familiaridad de la jóven, habian domado la aspereza de aquellos hombres, que la habia prometido salvar á su padre y que cumplieron su palabra. Interrogado Cazotte por el tribunal, respondió como quien se obstina en querer morir. «¡Esposa mia, hijos míos, exclamó, no lloreis, no me olvideis tampoco, pero sobre todo acordaos de Dios! Quiero morir como he vivido, fiel á mi Dios y á mi rey.» Su hija, no pudiendo evitar que se obstinase en morir, quiso morir tambien con él.

XIII.

Algunos marseleses compasivos la siguieron al patio, apartaron con las manos los sables y picas levantados contra ella, y la hicieron atravesar por medio de aquel lago de sangre, entregándola su padre y haciéndolos conducir á ambos á un sitio seguro.

Esta gracia no fué sino una moratoria para Cazotte. Vuelto á coger á los pocos dias y puesto en un calabozo, no se le permitió que estuviese con él su hija, para no tener que enternecerse como la vez pasada. Lo que los asesinos no se atrevieron á hacer lo ejecutaron los jueces: Cazotte pereció.

Despues de él murió Thierri, primer ayuda de cámara